

SEGURIDAD POPULAR

PORTAVOZ DE LAS FUERZAS DE SEGURIDAD

AÑO II.—Número 41

Madrid, 16 de octubre de 1937

Precio: 15 céntimos.

EDITORIAL

En nuestro afán de remarcar aquellos trabajos que más urgencia presentan en relación con los problemas de la retaguardia, venimos constantemente, y de una forma machacona, señalando aquellas deficiencias que pueden y deben corregirse rápidamente.

Recientes aún las disposiciones del Gobierno del Frente Popular con respecto a los precios que deben regir en los artículos alimenticios, éstas no han pasado del papel.

Los precios marcados no se cumplen por nadie. Y claro está, como los encargados de hacerlos cumplir somos nosotros, nos corresponde en esta anomalía una gran parte de culpa.

Puede argüirse que mientras el público en general no adquiere la buena costumbre de denunciar a los que burlan la ley, es muy difícil acabar con los especuladores.

Como en todos, en este trabajo existe esa quiebra. ¿Pero no es nuestra misión investigar?

Recordamos a este respecto que en tiempos de la Junta Delegada de Defensa fué creada por la Delegación de Orden Público una Brigada de Abastos, cuya principal misión consistía en la persecución de especuladores. Y también que, a pesar de su corta vida—apenas duró dos meses—, su labor fué acompañada de grandes aciertos.

Al ser suprimida dicha Brigada, nosotros señalamos repetidas veces la inconveniencia de aquella medida. Hoy, que vuelve a adquirir actualidad la cuestión, volvemos a pedir la constitución

de una Brigada especialmente dedicada a estos menesteres. Que pueda saber quiénes son los que, especulando con las necesidades de nuestra retaguardia, elevan los precios de los artículos de primera necesidad. Los que no considerando negocio venderlos a precios de tasa, acaparan dichos artículos para con su escasez y con el hambre del pueblo poder hacer su agosto.

Una Brigada bien orientada y dirigida puede en este problema realizar una fundamental misión. Y al acabar de forma inflexible con los acaparadores y especuladores, demostrar al pueblo que los que le dirigen toman en cuenta, e efectivamente, sus necesidades.

En tanto, camaradas, nosotros debemos, de forma enérgica y sistemática, perseguir, como a todos, a estos enemigos del pueblo, los más peligrosos si queréis, pues son los que con su trabajo, indigno de españoles, pueden crear aquellas condiciones de descontento y mal-estar que puedan ser aprovechadas por otra clase de enemigos más activos, y se produzcan en Madrid hechos que sean reproducción de otros que tan buen éxito les proporcionó en otros sitios.

Demostremos con nuestros trabajos que en Madrid, en el heroico Madrid, orgullo del mundo antifascista, no pueden vivir libremente estos viles insectos.

Al trabajo, pues, y esperamos de nuestros superiores las decisiones justas que nos permitan alcanzar en nuestras actividades los mayores éxitos.



Mientras los diplomáticos conversan, nuestros compañeros del frente saben que únicamente con su esfuerzo será posible acabar con el fascismo invasor. Que su heroísmo nos sirva a todos de ejemplo.



Los que tratan de desprestigiarnos

Los que hablan mal de los guardias los tenemos divididos en dos grupos: primer grupo, los malvados, y segundo grupo, los equivocados.

Los pertenecientes al primer grupo son los más peligrosos: son los que suministran la simiente que luego los del otro grupo, ingenuamente, se encargan de extender.

Son los causantes de que los del segundo grupo canten esas estúpidas canciones que a vosotros tanto os ofenden, y de las cuales no debéis hacer ningún caso.

Estos malvados del primer grupo hablan mal de los guardias, no porque os tengan mala voluntad a vosotros; vosotros no les interesáis para nada. Hablan mal de los guardias porque así tratan de mermar la autoridad que tenéis y quebrantar el respeto que toda fuerza armada se merece.

Saben que sois un puntal de los más firmes en que se apoya el Estado, y al ir contra vosotros, contra quien van es contra el propio Estado, y en este caso contra la misma República. Los de este grupo son los que no merecen compasión ni tienen disculpa, son los traidores a la patria.

Los equivocados que hablan mal de los guardias son esos compañeros que, a pesar de estar a vuestro lado en los frentes, desconocen la labor y el heroísmo de los guardias en las trincheras.

Son los que no se han dado cuenta de que existe un grupo de especialidades, y desconocen los servicios que este personal ha prestado.

Son los que, por el poco de los primeros carros blindados, servidos por personal de Asalto.

Son de los que, por el poco tiempo que llevan de servicio (a muchos de ellos ha habido que traerlos a la fuerza al frente—pocos veteranos hablan mal de los guardias—), no han tenido aún tiempo de enterarse de que en Madrid existe una posición que todo guardia conoce, y que se llama La Casca, y está en el Parque del Oeste, y que aún continúa en nuestro poder gracias al heroísmo constante de los guardias de Asalto.

Son los que, por el poco tiempo que llevan de servicio, ignoran que en el barrio de Usera existen posiciones, como la trinchera de la Muerte y el Palomar, donde los guardias de Asalto pueden hablar mucho y fuerte.

Son los que, por el poco tiempo que llevan, no han podido enterarse que en los frentes de la Sierra, y por el verano de 1936, murieron muchos guardias, cuando aún ellos no pensaban que tendrían que ir a la guerra; frentes como el de Guadarrama y el del Alto del León, en una de cuyas posiciones fué herido de muerte el heroico capitán Fontán y donde encontraron la muerte otros muchos héroes anónimos del Cuerpo de Asalto: rara era la semana que en el viejo cuartel de Pontejos no estaba el cadáver de algún guardia caído en el cumplimiento del deber.

Son los que ignoran la lucha sostenida en los frentes de Santa Olalla y de Santa Cruz de Retamar, conteniendo el avance faccioso en desigualdad de condiciones, hasta con las mismas Milicias, que, faltas de disciplina, tenían una libertad que los guardias no usaban.

Son los que aún no se han enterado del cerco de Huesca y de las luchas en Toledo.

Son los que, estando a vuestro lado, no os han querido ver en la calle del General Ricardos y en la carretera de Extremadura.

Son los que, estando a vuestro lado, no os han visto en la toma de Belchite y en otros muchos sitios que, por no hacer largo este artículo, no cito.

Ellos no saben que vosotros, los guardias, hacéis servicios de guerra, de seguridad, de orden y de vigilancia; ellos os ven en las «colas», en los controles y en las Embajadas, y creen que os aseguro que no cantarían.

No saben que, después de treinta o cuarenta días de servicios de guerra, las compañías bajan a descansar a la retaguardia, y el descanso vuestro es hacer servicios de vigilancia en las calles de las zonas de guerra, donde han encontrado la muerte más de un compañero, o bien en servicios diversos dentro de la capital.

Si estas cosas las supieran muchos de los que cantan, yo aseguro que no cantarían.

Este es el fruto de la semilla que os decía que siembran los malvados, y a los que son ajenos los ingenuos individuos que tratan de molestaros cantando canciones que vosotros debéis despreciar.

Guardias de Asalto: de vosotros es de quien más se habla, por el hecho de que sois el más popular, y tal vez el más querido, de todos los Cuerpos armados del Estado; pero no os importa: tarde o temprano se os hará justicia, y el pueblo entero reconocerá vuestro heroico comportamiento.

Si yo tuviera alguna autoridad para ello, me atrevería a pedir al Excmo. Ayuntamiento de Madrid que, cuando el Parque del Oeste se halle libre de fascistas, en el pabellón donde remata la Cascada se colocara una placa con el número de guardias y oficiales que en defensa de dicha posición perdieron la vida, y con eso el pueblo de Madrid sabría cómo el Cuerpo de Asalto sabe sostenerse en una posición, aun a cambio de la propia vida, y sería ejemplo para algunos que se atreven a dudar del valor de los guardias.

Sé que tal vez esta posición no sea la que más víctimas ha costado; pero también sé que es la más popular entre los individuos que componen la plantilla de Madrid.

Lo mismo o más que del Cuerpo de Asalto, se habla del glorioso Cuerpo de Carabineros, de los guardias Nacionales, de la misma Policía, que tan exce-

lentes servicios viene prestando; pero estas cosas vuestra propia conducta las echa abajo.

Indudablemente, no sois más que los demás; pero las condiciones en que os quiere colocar la campaña que contra vosotros dirigen los malvados os hacen parecer más conscientes, más enteros y, sobre todo, más dignos de consideración y respeto. Las condiciones que obligaron a la rápida formación del nuevo personal en los Institutos armados hicieron que la selección no pudiera formarse como se hubiera deseado, pues la vorágine de la guerra y las circunstancias que la rodean dieron lugar a que en los Cuerpos armados entrasen individuos que no estaban muy preparados.

Pero la conducta de jefes y oficiales leales y el ejemplo de buenos compañeros han ido formando un espíritu de selección en el Cuerpo.

Yo he visto cómo guardias analfabetos se esforzaban en aprender a leer y a escribir en las horas francas de servicio, y aun durante el servicio he visto cómo un compañero enseñaba a otro lo poco que él sabía.

Estos son el Cuerpo y los elementos que lo componen, y a quienes la «quinta columna» ha escogido ahora como víctimas de sus calumnias.

CERNUDA

Algo sobre el Hospital del Cuerpo

Hace tiempo me forjé el propósito de escribir algo sobre el tema que encabeza estas líneas, y heube de desistir por una serie de circunstancias especiales que no son del caso enumerar. Pero indudablemente seguía con el propósito de dar a conocer a los compañeros del Cuerpo de Seguridad la anomalía que se vienen observando desde que el Hospital existe.

Todos sabemos cómo el Hospital vivió, en sus primeros tiempos, la atención insuficiente de unos y el abandono inexplicable de otros.

Conocemos también cómo fué preciso, con el fin de allegar fondos para atender a sus múltiples necesidades, la medida, que tuvo la más favorable acogida, de descontar el uno por ciento de los haberes y dietas que se percibían.

Asimismo conocemos la constitución de una Junta interventora encargada de regular la administración debidamente organizada, quienes habían de constituir dicha Junta y misión concreta.

¿Suspiciacia o realidad?

Sabido es que una de las lacras más perniciosas que hubimos de sufrir los españoles amantes de la libertad y del progreso, fué durante mucho tiempo la conocida con el nombre de «castas militares». Aquellas castas tuvieron su origen en los privilegios concedidos por los diferentes Gobiernos, no sólo a los que demostraron en los campos de batalla capacidad y heroísmo, sino que también alcanzaban a sus descendientes, en muchos casos inútiles o ineptos para desempeñar los cargos que se les concedía por el mero hecho de ser hijos, nietos o biznietos de aquellos héroes. Otras veces era el favoritismo nacido de pasiones inconfesables, en las que jugaba un papel importante la mujer; se cometían injusticias por quienes podían cometerlas, aunque tuvieran la obligación ineludible de dar ejemplo de moralidad y de practicar la más estricta justicia.

La práctica de los métodos apuntados llegó a constituir en España aquella sociedad llena de vicios y maldades, cuyos componentes la llamaban aristocracia, la que si ya no tuviéramos con anterioridad pruebas suficientes de su perfidia y anti-españolismo, ha quedado demos-

trado últimamente en la contestación del «duce» a Inglaterra y Francia, que aquella sociedad corrompida ha vendido su patria al extranjero con tal de no perder sus inmerecidos privilegios.

Pues bien: los procedimientos seguidos en muchos casos durante nuestra lucha, a pesar de que con ella pretendamos formar una sociedad infinitamente más justa, no se diferencian todo lo que era de desear de aquellos otros a que antes nos hemos referido, y así no cabe duda de que a la larga hemos de llegar a resultados análogos.

Se observa con frecuencia cómo a personas incapaces para desempeñar ciertos cargos de responsabilidad se les conceden, porque han sido o han fingido ser en alguna ocasión muy revolucionarios, o porque se habrían cierto día, etc... Y aquí se nos ocurre recordar el viejo refrán castellano siguiente: «Quien hace un cesto, hace ciento»; porque este refrán se ha cumplido en demasiados casos desde que se implantó en España nuestra amada República.

Pero aparte de este error fundamental y comprobadísimo, hay otro inconveniente en tal proceder erróneo: es el de crear con él nuevas castas militares o civiles, que en último caso llegarían a ser tan perniciosas para nuestra nueva sociedad como las anteriores.

La vanidad es uno de los mayores defectos humanos, y cuando ésta va acompañada de la ignorancia, se hace en extremo peligrosa para la armonía social si quienes la poseen son poderosos. No hace muchos días fué lanzada a la Prensa una nota injuriosa para nuestro Cuerpo, y aunque hubo de rectificarse más tarde, por injusta y soez, de momento pareció como si hubiese alguien que pretendiera con ella crear diferencias y enemistades entre unos y otros combatientes, y, por ende, a fomentar las malditas castas. No y no; quien así procede, ni es antifascista, ni amigo del pueblo, ni merece ostentar cargos de responsabilidad en nuestra noble lucha. Depuración, sí; calumnias, no. La calumnia es siempre innoble, y con frecuencia perjudica al mismo calumniador. Por eso nosotros, compañeros de Seguridad, hemos de considerar a los restantes combatientes dignos, como a hermanos nuestros, y lejos de pretender aminorar su prestigio, debemos ensalzarlo cuanto nos sea posible, en la seguridad de que así obraremos noblemente y en favor de nuestra causa, no olvidando que una colectividad no se puede juzgar por la conducta de una pequeña parte de sus componentes.

SALBDE



Ha llegado la hora de la comida. Nuestros compañeros que luchan en las trincheras reciben con alegría a los portadores del sabroso rancho.

ta y específica de la misma. Con el transcurso del tiempo, y sin que haya precedido otra disposición superior que se conozca, han sido vulneradas las atribuciones que tenía conferidas, así como su propia constitución. Es decir, que hoy forma parte de la Junta personal que no se mencionaba en la circular por la que fué creada, no se cumplen los preceptos que se señalaban y en cambio sí se hace uso de atribuciones que entran en un aspecto técnico que debe estar vedado a su competencia.

Sin perjuicio de entrar de lleno en el fondo de la cuestión en otros artículos, nos limitaremos hoy a formular las siguientes preguntas:

¿Se puede saber quién constituye la Junta de referencia, qué misión desempeña y cuáles son sus atribuciones?

La referida Junta, ¿responde en su composición al número de camaradas que representan y que pueden considerarse beneficiarios del Hospital?

¿No sería mejor, más democrático por lo menos, que esos representantes fueran elegidos por la mayor parte de interesados?

¿Por qué no se convoca una asamblea, a la que asistieran representantes de todas las unidades del Cuerpo de Seguridad, con el fin de discutir estas cosas y elegir con carácter definitivo esa Junta interventora?

Y, finalmente, ¿se le dedica al problema de Hospitales la importante atención que requiere? Francamente, no. ¿Por qué?

Permítaseme contestar en el próximo número.

PEREZ

¡Alerta!... El Cuerpo de Seguridad, firme en sus puestos, lo mismo en vanguardia que en la retaguardia.

EL VIL METAL

Un aforismo inglés: "as
fidelity" (tanto dine-
mo fidelidad), y es bien
este aforismo a nues-
Cuerpo en estos ins-

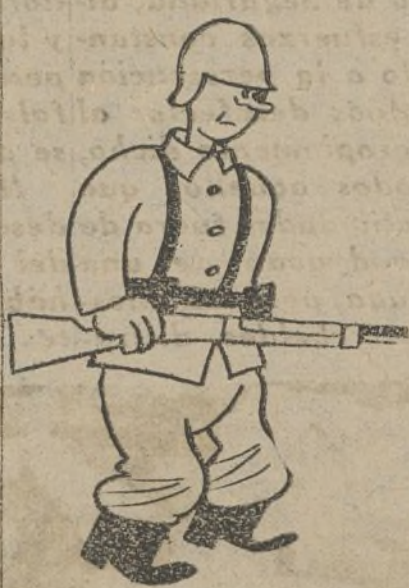
ando los hombres a que-
por encargo de las organi-
proletarias, se destinó,
graves momentos de pe-
para la causa, como con-
del movimiento sub-
al honroso Cuerpo de
ni se pensó en conti-
en él, ni se pensó tam-
los emolumentos que ha-
de percibirse. ¡Para qué!
nos guiaba a todos más que
de tener un medio, en-
los coercitivos del Poder pú-
para que, con uso de una
idad, pudiéramos ejercer
la vigilancia y fiscalización
que tan necesitada se encon-
la causa que defendíamos.
daba cobrar como no co-
tanto daba morir en la re-
cheras como morir en la re-
guardia, en el cumplimiento
nuestro deber. Y no se nos
que esto constituye una
elegia, puesto que en las
páginas de este mismo periódi-
han publicado, orladas de
oro, las biografías de unos
queridos camaradas a
que arteramente les fué cor-
la vida por la bala asesina
de los emboscados en la re-
guardia; y otros tantos que
manecen en el anónimo gi-
postrados en el lecho del
tor, como consecuencia de las
ridas que laceran su cuerpo,
ionadas en accidentes debi-
al exacto cumplimiento de
deber. ¡Llor a todos!

Pero, si el espíritu necesita
su "pan", el cuerpo también
necesita del suyo. Dejemos a un
aquellas entelequias filosó-
as de que "no sólo de pan
el hombre". Efectivamente,
sólo de pan vive el hombre.
¡Ah!, pero necesita del pan; y
es donde empieza verdade-
mente la gran tragedia de los
ccionarios del Cuerpo de Se-
guridad. Hay fechas que desde
1.º de cada mes se presentan
píamente en el pensamiento
cada funcionario. ¡Los días
15 al 30! Se nos ha exigido
examen, en el que la mayo-
hemos demostrado que sabe-
dividir; pues bien: ningún
cionario del Cuerpo ha podi-
todavía dividir sesenta y tan-
duros entre treinta días pa-
que el cociente suponga el
mento propio y el de los fa-
miliarios durante éstos. Es cues-
irrebatible.

Y pasemos a las conquistas.
por las manos de todos y cada
no de nosotros discurren casi
tesoros fabulosos, en bi-
letes, en alhajas, en títulos de
Deuda, la mayoría de las ve-
en tales condiciones de im-
unidad que el apoderarse de
los mismos sólo supondría el
movimiento mecánico de apre-
nderlos con la mano y trasla-
arlos al bolsillo; y a más, en
algunos casos, viveres acumula-
dos en formidables cantidades,
que acucian la codicia de los es-
magos famélicos. Pero el fun-
cionario de Policía, honrando a
plaza y a su carnet, ha de
errar constantemente la visión
de estas riquezas y la visión de
la hambre insatisfecha. Y ha de
ser HONRADO.

No hagamos más disquisicio-
es sobre este tema, porque que-
rán suficientemente estereoti-
padas en la inteligencia de nues-
tros dirigentes y en el espíritu

HUMOR DE LA SEMANA, por ALFARAZ



El soldado popular.—No está mal la muchacha si tuviera un poco de seriedad.

de la masa. Es un cuadro cru-
do, negro como aquellos del ar-
tífice Goya, el pintor del pue-
blo, pues tanto da ver repre-
sentado al pueblo ante las bayo-
netas de sus fusiladores como
ante la guadaña de la Parca,
hermana gemela del hambre.

Quede dicho y cúmplase el
aforismo inglés, legislando por
quien corresponda en el sentido
que indica, y con esto ganará
la causa, ganará el pueblo y
ganarán los estómagos de nues-
tros pequeñuelos, que ansian
pan y no lo tienen, y, sobre to-
do, podrá existir la verdadera
seguridad de que la HONRA-
DEZ del Cuerpo será una ver-
dadera honradez, sin que sobre
ella pueda traficarse, y que
cuando uno delinca habrá sido
por voluntad de delinquir, y no
por absoluta necesidad.

S. CASTAÑO

Donativos de «Los Amigos de SEGURIDAD POPU- LAR»

	Pesetas.
Ramón Tejeiro, 8.ª Ur- bana	5,00
Teniente Montes.....	6,10
Total	11,10

Un hombre menos

¡Ha muerto el capitán Sabat!
¿Quién podrá sustituirle? El
Cuerpo sabe que nadie; ya no
tendrán los guardias a su ca-
pitán amigo. ¿Cuánto pierde el
Cuerpo! Era un hombre. La cau-
sa y el Cuerpo de Seguridad lo
han perdido. ¿Cuánta falta nos
hubiera hecho para después!
Había conseguido una enorme
cultura sin estropear su moral.

Era sano de corazón y hom-
bre de bien; si su muerte sir-
viera de ejemplo, cuánto gana-
ría el pueblo, ese pueblo pobre
y honrado a quien tanto ama-
ba él, por quien lo dió todo;
él nada pedía; no necesitaba
estímulo ni premio para luchar;
su público era su conciencia, y
era feliz porque era honrado.

Yo lo he visto hoy muerto,
asesinado por ese rebaño de es-
clavos que mandan verdugos;
murió cara al enemigo, en lu-
cha titánica, en alto la bande-
ra de nuestra nueva España y
con el corazón pleno de amor y
de bondad. Todo, mujer, hijos,
vida, lo ofreció defendiendo la
causa de los hombres con ca-
llos de trabajo, de mujeres sin
comida y de niños sin juguetes.

Su vida es un programa de
honradez, de valentía, de bon-
dad. Los hombres como él son
los hombres de nuestra causa;
no buscaba laureles ni premios;
para él no había más premio

Sin hiel ni vinagre Más sobre jubilaciones y algo so- bre antigüedad

Si no nos equivocamos, en
nuestro anterior artículo
comparábamos el decreto de
2 de octubre sobre jubila-
ciones con un enano de her-
mosa cabeza y desdichados
pies. No sabemos si nuestros
lectores habrán echado de
ver que allí no se hablaba
para nada del tronco, con lo
cual el sujeto, el enano, re-
sultaba incompleto, como
tampoco se hablaba de ma-
nos, siendo así, por consi-
guiente, que sin querer pre-
sentamos ante la atención de
nuestros lectores un ser dis-
forme, extraño, con cabeza
y pies únicamente, y ya sa-
bemos, aun los más enemis-
tados con los fisiólogos, que
el cuerpo humano, sea de
enanos o de gigantes, com-
pónese de cabeza, tronco y
extremidades. ¿Y por qué
no hablábamos del tronco ni
de las extremidades toráci-
cas, vulgo brazos? Pues,
sencillamente, porque al de-
creto de 2 de octubre le fal-
ta el tronco y las manos.
Allí se jubilan guardias, cla-
ses y tenientes; pero hácese
caso omiso de uno de los em-
pleos más interesantes den-
tro de nuestro Cuerpo: el de
capitán; el capitán, que es
precisamente el tronco, el
sostén de las unidades y
compañías.

Por lo visto, el tronco es
inmarcesible, pues para él
no se señala límite alguno
de edad; puede estar carco-
mido, agrietado, aspeado;
pero seguirá firme en su
puesto elevado en la unidad,
reverdeciendo a su alrede-
dor las ramas y los reto-
ños jóvenes. Pero no basta
esto: el tronco debe ser tan
nuevo, tan joven y vigoroso
como los retoños que crez-
can a su impulso y calor,
pues de otro modo queda-
rán al fin y a la postre des-
nutridos y desmedrados.

Hácese, pues, indispensa-
ble, en bien de la estética y
de la justicia, completar el
decreto de 2 de octubre, aña-
diéndole ese tronco de que
está tan falto, con lo cual
adquiriría la prestancia, el
empaque y la alcurnia que
lo harán dignísimo y respe-
table. Un artículo más en
que se designe que la edad
de jubilación de los capita-
nes debe ser la misma que
la de los guardias, clases y
tenientes, procedentes todos
del propio Cuerpo.

Porque con ello no se ha-
ría sino vigorizar al Cuer-
po, al permitir que el tron-
co se sintiera formado, nu-
trido en esta tierra generosa
del pueblo.

¿Y los brazos? Pues los
brazos del decreto serían dos
artículos que dispusieran la
inmediata ejecución de lo
consignado en el mismo. Dos
brazos fuertes y enérgicos
que lo levantarán de ese le-
cho suave de las páginas de
la «Gaceta» — en el que se
adormecen la mayoría de las
leyes y disposiciones espa-
ñolas — y lo hicieran reali-
dad palpable y manifiesta.

Resumiendo, como dicen
los castizos: ese enano que
hemos presentado a vuestra
atención, camaradas, podría
convertirse en un hombre
robusto, gallardo; en algo
magnífico y soberbio, sin
más que dejarle la hermosa
cabeza que le da prestancia,
ponerle unas piernas que no
pasen del medio siglo, adi-
cionarle un tronco del mis-
mo tiempo vigoroso y joven,
y aplicarle dos brazos acti-
vos, enérgicos y contundentes.

Cuestión fácil, tan fácil
como resulta agarrarse a los
cama radas semisexagená-
rios, a todas las posibilida-
des más o menos demo-
cráticas para continuar «en
el macho» como único asi-
dero de salvación, aunque se
pisotee la estética, la anatomi-
a y hasta la razón.

Respecto a la antigüedad,
presintiendo una próxima re-
dada de ascensos, sólo bre-
ves palabras. ¿Cuáles han
sido los beneficios obtenidos
por este sistema? Permitid-
me, compañeros, que deje la
contestación para el próxi-
mo número.

Frasquito ALAGUERO

PALACIO DE LA MUSICA

Grandioso festival monstruo

EL DOMINGO 17 DE OCTUBRE DE 1937

A las diez y media de la mañana.

Organizado por el Negociado de Personal de las Milicias de
Vigilancia de Retaguardia de la Dirección General de Se-
guridad en

Homenaje a la U. R. S. S. en su XX aniversario

Ramper
Pompo y Thedy
Zampabollos y Nabucodonosorcito
Tito
Trio Hermanas Diaz
Pharry Sixter
Carmen de Rosas
Moritz
Ballesteros
Shirley Temple española
La Yankee
Anita Flores
Ballesteros Petit
Paquita Almería

Jualonso
Los Farman
Isabelita Caamacho
Perico el del Lunar
Carmen Flores
Moreno
Los Morenos
Niño Cazalla
Cojo Madrid
Paco Aguilera
El Chozas
El Americano
Manolo el de Badajoz
Bonet

PARA MAS DETALLES, VEANSE PROGRAMAS DE MANO

ENCUESTAS DE «SEGURIDAD POPULAR» Hablando con nuestros compañeros de vanguardia

¿Qué labor cultural creéis que se puede desarrollar dentro de cada compañía?
¿Consideráis necesario el Comisariado político en el Cuerpo, y por qué?

Destacamento de El Pardo. Uno de los puntos invulnerables de este cinturón heroico que resguarda al Madrid glorioso contra todas las dentelladas furiosas de la bestia fascista.

Ciento cinco compañía de Asalto. Unidad de bravos muchachos, leales y entusiastas, que hacen de este destacamento un lugar epopéyico, digno de pasar a las páginas de la Historia.

Nos hemos mezclado entre estos compañeros, orgullosos de sentirnos cerca de su heroicidad y de su furor combativo, y los hemos hecho diversas preguntas, que ellos nos han contestado rápidamente, con una sinceridad arrolladora.

A Mariano González le parece admirable que se desarrolle una intensa labor cultural dentro de la compañía, y cree que en las propias unidades hay personas capacitadas para ello, que podrían dedicarse, en las horas de quietud y de inacción, a esta misión trascendental.

En cada destacamento—dice González—debe formarse un Batallón Cultural, donde todos podríamos solazarnos en las horas libres, dando de lado a otros esparcimientos que ningún bien pueden reportar.

El Comisariado político lo considero tan útil y tan necesario, que debiera ser, por hoy, una de las preocupaciones esenciales de quien esté llamado a establecerlo. Con él desaparecería el cierto abandono en que muchas veces nos encontramos.

Juan Manuel Hernández ha expresado así su opinión ante nuestras preguntas:

El Comisariado político es indispensable. Sólo él, por su misión y su cometido, pudiera corregir este abandono en que nos tiene, bajo muchos aspectos. Las fuerzas de Seguridad andan desparramadas por cualquier sitio, sin una consistencia y una base de unión formal y conveniente con todos los combatientes leales. Nos faltan prendas de abrigo y otros muchos detalles que únicamente el comisario dentro de las compañías podría subsanar.

La labor cultural debe desarrollarse en cada compañía por personal capacitado para ello, organizando clases elementales de las ciencias y las artes más necesarias para desenvolverse libremente en la vida.

La fusión o creación del Cuerpo único de Seguridad es uno de los postulados principales para ganar la guerra y limpiar de enemigos la retaguardia; pero teniendo en cuenta que esta unión debe ir precedida de una depuración energética, a fondo, pues de lo contrario sería tanto como pretender edificar un hermoso edificio sobre cimientos podridos.

Numerino González cree que debiera establecerse en cada compañía una Academia de estudios y capacitación, adonde acudirían, en las horas francas, cuantos sientan anhelos de saber, que son todos los individuos del Cuerpo.

Los comisarios políticos deben entrar en nuestro Cuerpo con todos los honores, puesto que nos traerían nuevas glorias.

La fusión del Cuerpo de Seguridad es útil y necesaria; pero más necesaria y más útil es una depuración arrolladora.

Argimiro Bueno y Marcos Reinoso coinciden en una apreciación particular e interesante: Creen que está bien eso de no hacer política; pero entienden que debe conocerse a fondo y sentirse bien honda la política popular, la que tiende al engrandecimiento y a la defensa de las clases trabajadoras, la que ha de hacer de nuestro país un pueblo libre, feliz y próspero.

Crean estos compañeros que el Comisariado es indispensable,

precisamente por lo que ya dejan expuesto en cuanto a la política, y aseguran que si a la fusión de las fuerzas del Cuerpo en un solo organismo precede una depuración tajante, habremos conseguido una gran victoria.

Por último, José Martínez, que ha sufrido persecuciones y encarcelamientos—dos largos años pasó privado de libertad—, cree que la labor cultural es algo necesario, imprescindible; que los comisarios deben venir al Cuerpo de Seguridad para guiarnos por la senda del saber, del entusiasmo idealista, del fervor revolucionario, y que el Cuerpo de Seguridad único y depurado energicamente puede ser, y será, la salvaguardia más firme de los derechos del pueblo.

Es la hora de la comida. Ruido de platos de aluminio con una perfecta armonía. Los camaradas Romanillos y Teibos, que me acompañan, me indican, señalando al estómago, la conveniencia de regresar a Madrid. Así lo hacemos, trayendo con nosotros las impresiones que quedan expuestas, y que ratificamos íntegramente.

F. R.

Aniversario de la U. R. S. S.

El Cuerpo de Seguridad, consciente de la deuda de gratitud contraída con el país hermano, prepara para el próximo 27 de los corrientes, por la mañana, y en el Monumental Cinema, un magnífico festival homenaje a la U. R. S. S. en su XX aniversario.

Con los beneficios se costeará la construcción de una placa de plata conmemorativa del acto y con alusiones a lo que le motiva.

Los trabajos de organización, muy adelantados ya, nos permiten asegurar la magnificencia del acto.

Debemos resaltar el entusiasmo que entre nuestros compañeros ha surgido al tener conocimiento de lo que se prepara.

En fecha breve daremos a conocer con todo detalle los resultados de los trabajos de la Comisión formada al efecto.

¡Camaradas del Cuerpo de Seguridad! Propagad nuestro festival-homenaje al gran país soviético, para su mayor éxito y brillantez.

Las localidades pueden adquirirse en SEGURIDAD POPULAR, Serrano, 25.

TRABAJO INTENSIVO EN LA RETAGUARDIA

Es un punto éste en el que quizá todos coincidiremos; pero no basta coincidir ni estar de acuerdo con aquellas normas u orientaciones cuya justeza se aprecia claramente; no. No es suficiente limitarnos a dar nuestro visto bueno a aquellas pautas que son marcadas como imprescindibles para ganar la guerra, y mucho menos encogernos de hombros cuando leemos en la Prensa artículos encaminados a llevar nuestras actividades por derroteros firmes y seguros, artículos que excitan a los trabajadores—todos somos, o al menos debemos ser, hoy día, trabajadores—a superarse a sí mismos, a dar el máximo rendimiento en el trabajo habitual. El simple visto bueno o el típico encogimiento de hombros ante tales orientaciones no conduce a nada práctico.

En primer término, debemos tener en cuenta que la inmensa mayoría de los trabajos de retaguardia, por no decir todos, son útiles, y entre ellos, muchos imprescindibles para ganar la guerra. Exactamente igual que los compañeros encargados de elaborar el pan cumplen una misión importantísima, los tranviarios, los zapateros y los demás compañeros de los restantes oficios realizan una labor de guerra. Todos los que verdaderamente trabajan en la retaguardia cooperan por el triunfo de nuestra causa, y cada uno de nosotros debemos ver cuál es el modo de que nuestras actividades consigan aumentarse.

Hemos de tener presente que los camaradas que están luchando en las trincheras no tienen horas de trabajo. Descansan cuando buenamente pueden y no cuando ellos quisieran. Se hallan sujetos a las necesidades de la guerra, como todos, pero de un modo distinto al nuestro, pues mientras nosotros nos encontramos aislados del continuo peligro de ser alcanzados por una bala, ellos, por el contrario, tienen la vida en peligro constantemente. Mientras nosotros dormimos cómodamente en casa, ellos están con agua hasta las rodillas, en el barro y, cuando mejor, en el duro suelo, a la intemperie. Ellos no tienen marcado horario para el descanso, y están siempre en acecho para entrar en combate cuando sea preciso.

Debíamos pensar continuamente esto. ¿Cómo igualarnos a ellos? ¿Cómo ser dignos de que nos defiendan? Indudablemente, trabajando mucho, rindiendo el máximo esfuerzo en la retaguardia, cada cual desde su puesto. Por eso decíamos que el encogimiento de hombros ante las continuas llamadas de la Prensa a intensificar el trabajo y a hacer trabajar a los vagos, significa un desdén hacia el bien común de los trabajadores, y a veces, más bien este hecho displicente acusa al emboscado, al enemigo.

¿A qué se dedican esos paseantes que vemos habitualmente en los cafés y en los espectáculos públicos? Van bien vestidos, tienen dinero y se hacen acompañar de mujeres frívolas, cuya adhesión a nuestra causa es bastante problemática. Es necesario averiguar cuáles son sus actividades, a qué se dedican, qué trabajos de retaguardia efectúan, y para eso los camaradas agentes han de fiscalizarlo intensamente.

La Policía popular, porque tal es, significa la fuerza de choque de la retaguardia. Mientras los soldados guarnecen las trincheras y se preparan día a día para ofensivas que nos han de librar del enemigo, los encargados de velar del orden interior cumplen con una misión que en la guerra, y más en esta guerra que estamos viviendo, es trascendental e ineludible, porque es garantizar la seguridad

Actividades policíacas

La Policía del pueblo, do a la rebelión. Entre es parte integrante del heroico Cuerpo de Seguridad, dirige sus esfuerzos constantes no sólo a la persecución de individuos desafectos al régimen propiamente dicho, sino a todos aquellos que por sus actividades fuera de la ley coadyuvan de una forma velada, pero manifiesta, con los rebeldes, distra-

tos se cuentan los falsificadores de moneda o billetes y los que con ellos cooperan poniendo en circulación lo falsificado o aprovechándose del producto de ello.

Hace algún tiempo fue descubierta por los peritos del Banco de España una hábil falsificación de billetes de cinco pesetas, empe-



yendo la atención del Gobierno legítimo de su pre-ocupación primordial: la «guerra»; esto es, auxilian-

zando inmediatamente la Policía sus gestiones, que tras algún tiempo de incasantes trabajos dió el fruto apetecido: la detención de los falsificadores y ocupación de todos los útiles de «trabajo» precisos para tan «lucrativa industria», y se obtuvo más: la falsificación no era sólo de billetes de cinco pesetas, sino también de la emisión de los de diez (billetes que en bastante cantidad aparecen en las presentes fotografías).

Los detenidos explicaron con toda clase de detalles la forma y procedimientos de que se valían para fabricar y expedir su moneda; y hechas las averiguaciones pertinentes, resultó que uno de ellos era miembro antiguo de F. E. de las J. O. N. S. y el otro, que carecía de antecedentes políticos, era desertor del Ejército popular; es decir, no se trataba de dos vulgares delincuentes, no; eran dos fascistas, miembros de esa vastísima «quinta columna» que nosotros estamos obligados a destruir.

Diríjanse a ello, pues, todos nuestros esfuerzos, combatiéndola en todos y cada uno de sus múltiples aspectos.

Virgilio ADRIAN

